

Golpes a mi puerta

DE NUEVO LA TRAGEDIA... COMO EN LOS ANTIGUOS TIEMPOS

Carmelo Vilda

Que un "patriota" perseguido se refugie en la casa donde residen dos monjitas no deja de ser un hecho insólito y por eso inquietante. Constituye, en nuestro caso, el punto de partida de un conflicto político, psicológico, de conciencia religiosa. Son esos absurdos que a veces, de repente, suceden ante nuestra puerta. Responder o abrir el corazón a quien replica puede resultar peligroso. En adelante el desarrollo de los sucesos adquiere tal consistencia que nos sobrecoge realmente su verosimilitud, humanismo e inercia trágica. Se trata de una proposición teológica que Juan Carlos Gené se atreve a debatir en público con arrolladora y excitante profundidad.

En efecto, desde el "introito" de la Misa presentada como entre bambalinas, como desde la lejanía de la historia y de la vida, como desde el altar de todos los tiempos para abarcar todos los sacrificios del hombre, crea por sí mismo un no sé qué matiz sagrado y misterioso que atrapa enseguida al espectador y se mantiene flotante sobre el escenario a lo largo de la obra. Cuando aparecen luego Ana y Ursula ya está el ambiente reblandecido por nubes y vientos que huelen a reverencia, transcendencia y sacralidad. No se requieren otros signos exteriores, ni hábitos, afiches o frases pegadas en las paredes para reconocer que se trata de dos monjas que con su presencia intentan testimoniar en el barrio las bienaventuranzas de Cristo. Pero viven segregadas, no son pueblo. La irrupción del "patriota" va a generar sobre todo en Ana, las primeras preguntas y análisis de la realidad circundante. El desarrollo lineal de los hechos conducirá a las monjas desde el mero "accidente" hasta la rosca que anilla indefectible su destino a la fatalidad.

El teatro trágico griego se alimentaba precisamente de esa "necesidad" ciega que despojaba al hombre poco a poco de su lógica, de sus argucias y poder. Entonces surgía la consternación, ante las veleidades divinas. Algo de esto sucede a Ursula y Ana cuando Dios les pide un sacrificio pero no ajusta ni aclara cuentas con ellas. Ana, como Edipo, barrunta muy pronto la tragedia final. Y comprende también que será inútil apelar a la prudencia, a las estrategias, a la racionalidad.

SOBRIEDAD FORMAL

La puesta en escena es adusta. Refleja en su escuetez la pobreza de la zona y de las monjas: 3 mesitas, 3 sillas toscas y un perchero. Piso liso y ningún adorno en las paredes. Ni siquiera hay juego de luces. Apenas una claraboya por donde se filtra la luz del alba que anuncia el "angelus" y el resplandor de la lámpara que pestañea ante el Sagrario. Austeridad igualmente en el vestuario y en los enseres que se manejan: agua, harina, pan y café. En la segunda parte las rejas de la cárcel acentúan todavía más la rigidez, el miedo y la desolación. Todo contribuye a crear una atmósfera de frío, lejanía y desnudez sólo calentada por la chisporroteante riqueza interior de los protagonistas.

Sobriedad asimismo en la acción exterior. Los choques son siempre verbales, colisiones de pensamiento o ideología. Ausencia total de poses espectaculares, apoteosis o paroxismos percutientes. Las torturas y fusilamientos nos llegan desde lejos a hombros del viento y del rumor. La imaginación luego los hace más sugestivos y por tanto más siniestros. El Director ha sabido crear el receptáculo idóneo para el diálogo que constituye el tabique primordial del drama. Incluso el "patriota" actúa con una mesura y contención tal que contribuye también a matizar el ambiente de capilla que sirve a la vez de comedor. La palabra no será entorpecida.

Los diálogos, por tanto, resuenan descarnados en su despiadada alternancia. Ironía, ternura o dramatismo siempre tersos, en bruscos saltos de puntiguda inmediatez, con un lenguaje que tuerce el cuello a la retórica eclesial. Expresividad y densidad de un estilo que succiona el sentido a las palabras y destila su contenido en coloquios palpitantes. Mucho texto, dos horas y media de duración, pero muy entrecortado e interrumpido. Diálogos humanos, nunca mecánicos, estereotipados o didácticos (algo cuando hablan de ricos y pobres como candidatos al reino de los cielos), sin lastres piadosos o rellenos para camuflar los silencios. Hay amor por la palabra precisa, reflexiva y significativa, portadora siempre de sutiles connotaciones teológicas tan incisivas, a veces, que denotan la acuciosa inquietud y cultura religiosa del autor.

El ritmo es parsimonioso, expectante para que cuaje y se humedezca poco a poco el aprendizaje de las monjas. Interpolada, sin embargo, algunas bahías donde se baña la luz de lo risueño y oleadas de infinita ternura que conmueven por su descarnada sinceridad y emotividad. "¡Somos mujeres!", dirá Ursula como si lo hubiera olvidado o no hubiera caído nunca en cuenta. Se trata de ese ritmo inexorable que conduce a fuego lento hacia la tragedia. Ana no cede fácilmente a la fascinación de una muerte heroica que en esas circunstancias ciertamente se embellece. Tampoco la rechaza si es preciso. Muere en efecto con la sencillez de una mujer que se sabe "hija de campesinos y religiosa". La muerte la asume como telón de fondo, como testimonio de una transformación radical y de comunión con los pobres que no tienen padrinos. En definitiva como explicación y significación de la radicalidad evangélica, como amor que solidariza con la causa de los pobres.

PERSONAJES

Los personajes no son alegóricos. Un acierto sin duda, ni tipologías de nada. Había peligro de ello. Son densamente humanos y por eso mismo, debido a su terca y real vitalidad, Ana puede provocar milagros. El esbirro Cerone no cree en ellos pero será testigo, a su pesar, de uno mayúsculo delante de su misma lógica incrédula: el milagro de la transformación

interior de una monja que desafía la muerte. Los personajes de Juan Carlos Gené surgen de nuestra historia y evolucionan de la debilidad hasta la fortaleza. Los tres principales (Ana, Ursula, Pablo) derrochan resistencia, energía, nunca compasión. El trabajo actoral, por su parte, merece aplauso en general. Sin apoyos de utilerías, vestuarios o acciones relumbrales, casi con su propia desnudez, tienen que llenar los vacíos de una concepción escénica austera.

En ANA (protagonizada con unción y reciedumbre por Verónica Oddó) predomina lo racional sobre lo instintivo. Posee capacidad para el crecimiento interior. Supera las desestabilizaciones iniciales con explosiones de humor, ironía o la fuerza de la fe cuando le falta la palabra. Se defiende con habilidad y su carácter le permite recrear ámbitos de solidaridad y convivencia muy íntimos, sólidos. Avanza desde las formalidades, seguridades y creencias antiguas hasta el valor de admitir la quiebra de su conciencia y la culpa de sus privilegios. Lo expiará con áspero aprendizaje y con el éxodo hacia la tierra prometida, la muerte. Así agiganta su perfil anímico, la preocupación por buscar sentido a la vida y la capacidad para habitar y poblar las nuevas tierras (teologías) descubiertas.

URSULA (Chela Atencio) no es creativa. Intenta aparentar que es libre y fuerte pero su voluntarismo acredita las carencias que trata de disimular. Insegura de sí misma, inestable, sentimental, fácilmente influenciable, necesita protección: "¡Siempre me tratas como a una niña!". Es generosa y sueña también con la santidad pero tiene pies de barro. Su capacidad interiorizadora de poca envergadura y autonomía no la ayudan. Prevalece lo sentimental y patético sobre lo racional-lógico. No sirve para vivir coyunturas de encrucijada sino de anidación.

CERONE (Juan Carlos Gené) representa la manipulación, la lógica del maquiavelismo producto de la ambición y el vértigo de poder. Maneja con igual destreza la tortura como la recompensa. Es culto, ameno, astuto, de apariencia caballeresca. Sabe calcular bien los riesgos y a la vez el botín de las redadas.

Ana, Ursula y Cerone integran una trilogía actoral superlativa. PABLO (el patriota, Alex Hernández) resuelve bien su papel. Sin embargo no sé por qué a veces me pareció que lo congela en anodinamiento, en actitud inane. Se muestra siempre demasiado seguro, demasiado sereno, demasiado angelote y respetuoso. Su presencia genera conflictos en Ana y Ursula pero a su vez él se mantiene incólume, inalterable sin la respectiva reacción o interpelaciones. Por su parte el Obispo (Dimas González) convence como sacerdote, oficiante de la Misa. ¡Si todos los Curas tuviéramos la misma devoción...! Para Monseñor resulta excesivamente joven. Le falta alguna pizca de protocolo, de retórica oficial, algún tipo de ascendencia, liderazgo o brillantez ¡por algo es Obispo! Es el personaje menos trabajado. Su papel resulta por eso ambiguo, titubeante a pesar de que actúa en los momentos más dramáticos. AMANDA (Mimí Lazo) sigue superándose. Ha perdido dureza, se le nota más elástica. Puede asumir ya papeles de mayor rodaje y enjundia.

ALUSION A CANGREJO II

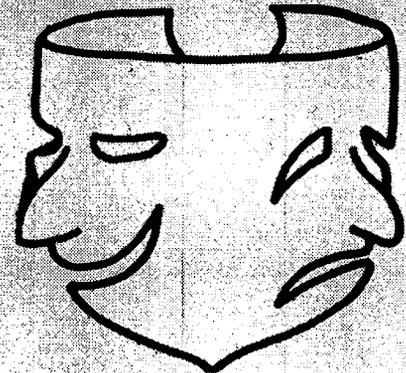
Coincidentemente, "Golpes a mi Puerta" (teatro) y "Cangrejo II" (cine), ambos en cartelera, debaten idéntica temática. Abordan las relaciones del clero-monjas con su pueblo y a la vez la ingerencia del "poder" de la Jerarquía en los respectivos conflictos que su actuación genera. Cangrejo II

reconstruye un proceso judicial perforado por la influencia de Monseñor para salvar las presuntas implicaciones criminales de un sacerdote. "Golpes a mi puerta" alumbra también un proceso o itinerario espiritual de una monja que en virtud de su amor al prójimo es acusada de encubridora subversiva pero ella renuncia a ese poder eclesiástico que la libraría de la muerte. "Cangrejo II" se mueve en horizonte de un caso patológico planteado con no demasiada limpieza e imparcialidad. "Golpes a mi Puerta" por el contrario se mueve en una perspectiva no judicial sino teológica a horcajadas de un texto rico y fecundo tan densamente teológico que es preciso ser muy sutil y conocedor de la teología actual para saborear la profundidad del libreto.

En "Golpes a mi Puerta" resuena de nuevo en nuestros escenarios la voz trágica de Dios, de ese Dios que actúa en la historia latinoamericana a través de las palabras y las acciones humanas. ¿No espera a cada cristiano, más concretamente, a cada religiosa o sacerdote, una emboscada divina que nos derribe del caballo o nos señale la vía hacia Jerusalén "donde seré condenado y sacrificado"? Vivir hoy la vida religiosa en Latinoamérica ¿no es aprender a ser pueblo, a ser pobre, a involucrase en sus luchas, esperanzas y alegrías, incluso a las puertas de la dimensión mortal que implica el amor comprometido? Esta proposición de cambio, de enfilarse la proa hacia la latitud cero de la desolación, orfandad y muerte, si es preciso, es la tesis revolucionaria de "Golpes a mi Puerta".

Hay que agradecer a un seglar-teólogo que nos lo haya recordado con palabras, con cultura, con teatro, en una ráfaga de transcendencia escénica.

FICHA TECNICA



(Tres actos y 4 cuadros)

Autor:	Juan Carlos Gené	
Director:	Juan Carlos Gené	
Producción:	Ricardo Lombardi	
Escenografía:	José Gómez Fra	
Actores:	Ana	Verónica Oddó
	Severa	Hercilia Velázquez
	Ursula	Chela Atencio
	Pablo	Alex Hernández
	Jefe	Fermín A. Reyna
	Irregulares	Carlos Cordero
		Hector Rodríguez Manrique
	Alcalde Cerone	Juan Carlos Gené
	Amanda	Mimí Lazo
	La mujer de gris	Iraida Tapia
	Monseñor	Dimas González
	Funcionario	Carlos Cordero